

Educación, ética y ciudadanía

Juan Carlos Tedesco

Director del Instituto Internacional de Planificación de la Educación en Buenos Aires.

Miembro del Consejo del Instituto Nacional de Calidad de la Educación España

La preocupación por la formación ética de las futuras generaciones ha vuelto a ocupar un lugar prioritario en las discusiones de políticas educativas a nivel internacional. Nadie puede permanecer indiferente frente al aumento de la desigualdad y la exclusión social, al resurgimiento de la xenofobia, de la violencia fundamentalista ejercida ya sea en nombre de reivindicaciones políticas, étnicas, culturales o religiosas, de la corrupción en el manejo de los recursos públicos o de la falta de responsabilidad frente a las consecuencias sociales o ecológicas de determinadas decisiones. Frente a estos fenómenos, no se trata sólo de condenar, sino de prevenir y de anticipar. Para ello, sin embargo, es necesario modificar las

estrategias del pasado, ya que las nuevas condiciones sociales, económicas y culturales exigen procedimientos, metodologías y estrategias pedagógicas diferentes a las tradicionales.

¿Cuál es el cambio social y cultural más importante que está exigiendo la modificación de las estrategias pedagógicas orientadas a fortalecer la formación ética de las futuras generaciones?. Aun a riesgo de simplificar una situación particularmente compleja, creo que la respuesta a esta pregunta es el debilitamiento de los mecanismos tradicionales de cohesión social. Tres ejemplos pueden ilustrar este fenómeno:

1. la identidad nacional se enfrenta a los procesos de construcción de entidades supranacionales.
2. la economía y la integración al trabajo sufren procesos de renovación acelerada que destruyen las tradicionales identidades profesionales y obligan a una reconversión permanente.



3. la caída del muro de Berlín ha destruido las identidades políticas tradicionales y genera una profunda crisis de representación.

Pero no se trata sólo de las dimensiones sociales de la cohesión. También existe una desregulación significativa en los estilos de vida individual. La sociedad contemporánea se caracteriza por la enorme diversidad de estilos de vida que coexisten no sólo entre culturas, sino en el interior de la propia cultura occidental. Esto supone que muchas decisiones que afectan nuestras opciones de vida son cada vez menos impuestas y más libremente elegidas. En este contexto, es necesario -diría imprescindible- desarrollar al máximo la capacidad de las personas, de los grupos y de las instituciones para hacerse cargo de las consecuencias de sus decisiones.

Las nuevas generaciones son las más expuestas a las consecuencias desintegradoras de estos fenómenos. Un solo ejemplo puede mostrar la importancia de esta situación: se está adelantando significativamente el momento y se está ampliando cada vez más el ámbito sobre el cual los jóvenes deben tomar decisiones. Al mismo tiempo, sin embargo, se posterga cada vez más el acceso a la autonomía personal a través del ingreso al mercado de trabajo. En la sociedad actual, un joven o una joven deben tomar decisiones cada vez más tempranamente sobre ámbitos que tradicionalmente eran decididos por la familia, por el Estado o por rígidos patrones culturales que la juventud ya no acepta sin discusión. En síntesis, se ha ampliado el espacio de libertad pero, sin embargo, se ha postergado el momento en el cual al joven o la joven se le considera con suficiente autonomía como para tomar sus propias decisiones. La educación debe hacerse cargo de este nuevo escenario social y cultural enfrentando, ahora más que nunca, la función de desarrollar en cada persona un núcleo moral sólido que permita elegir, asumiendo las consecuencias de las decisiones.

Educación para la responsabilidad es hoy en día, y lo será mucho más en el futuro, una de las funciones básicas de la educación. Pero la formación de un núcleo moral sólido no significa, como pudo ser entendido en el pasado, la identificación con una propuesta única y excluyente. La interculturalidad será la realidad de toda sociedad futura. Ser capaz de convivir con el diferente, de enriquecerse con la diversidad, de trabajar en grupo a partir de la propia individualidad, de reconocerse a uno mismo y al diferente, serán exigencias de la vida ciudadana, de la vida política y de la vida individual.

Muchos países están buscando respuestas educativas a estos nuevos desafíos. La reforma curricular es, dentro de un espectro muy amplio de medidas, uno de los caminos a recorrer. Actualizar los contenidos e introducir la dimensión ética en el conjunto de las disciplinas, es una línea que está siendo recorrida por los países que se ubican a la vanguardia de esta transformación curricular. Avanzar en esta línea significa experimentar metodologías que superen algo que ha sido tradicional en el campo de la formación ética: la distancia entre la retórica y la realidad. Gran parte de los discursos moralistas y espiritualistas tradicionales se basan justamente en esta disociación: declamar grandes principios que coexisten sin ningún conflicto con conductas reales alejadas, cuando no contradictorias, con los enunciados retóricos.

El debate real se ubica, ahora, en la discusión acerca de cómo llevar adelante estas propuestas teóricas en la sala de clase, en la familia, en la vida política, en el mundo del trabajo, en la vida asociativa. A docentes, a directores y directoras de escuelas, a padres y madres, a dirigentes políticos, religiosos, sindicales, empresariales y a intelectuales, en general, nos corresponde la tarea.

